



CALLE DE SAN PEDRO EN MOYÁ (CATALUÑA).



IGLESIA PARROQUIAL DE BLANES (CATALUÑA).

miado. En ambos despachos, que ha abierto por su exclusiva cuenta, ha expendido Mezzalama, sumas enormes que atestiguan su fibra emprendedora y comercial, logrando que la atención del público se fijara en lo que era objeto de sus afanes: los productos de la casa Martini y Rossi.

Pero su espíritu no se satisface cuando ve ya resuelto en definitiva un problema, y ha de buscar en otras empresas nuevo aliciente á su tenacidad.

Es accionista en Turín de la sociedad *Il vetro* (*El vidrio*), en la que trabajan 1,650 operarios en la confección de botellas de todas clases.

Es gerente apoderado de la sucursal que la importante casa Zahn de Milán ha abierto en Barcelona para la confección de corbatas, en la que trabajan 30 obreras.

Y últimamente ha constituido una Sociedad colectiva bajo la razón Estrader, Mezzalama y C.^{ta}, para la fabricación en Barcelona del exquisito chocolate *Torino*, y para cuya expendición se inaugurará dentro de poco un espléndido local en la calle de las Cortes.

En medio de esa incesante actividad comercial, que forzosamente ha de absorber todo su tiempo, aún halla ocasión de representar dignamente á los productores españoles en Turín, en Viena y en Atenas, convirtiéndose en noble campeón de sus intereses, como no lo haría con más celo un conacional nuestro. En efecto, como á Comisario general y Jurado por la España, en la exposición de Turín de 1902, obtuvo 38 premios á favor de 22 expositores; entre ellos 2 grandes diplomas de honor, 11 medallas de oro, 12 de plata, 11 de bronce, una mención honorífica y la gran copa internacional de honor á favor del *Sindicato de Exportadores de vinos de Barcelona*. Como á Comisario general y presidente del Jurado en la Exposición Internacional de Viena de 1903, obtuvo 51 premios para 21 expositores españoles, esto es, 10 grandes diplomas de honor, 20 medallas de oro, 20 insignias de honor y una medalla de plata. Y finalmente, con idénticos títulos que la anterior, en la Exposición Internacional de Atenas ha logrado otro triunfo para los vincultores españo-



MOSTRADOR Y ESCALERA DE ACCESO AL SALÓN ÍNTIMO.

SALÓN PRINCIPAL.

VESTÍBULO Y PASO AL MOSTRADOR.

les, cuyos resultados definitivos se conocerán en breve.

Carácter abierto, franco y leal, culto, educado, de refinado gusto artístico, periodista á ratos, puesto que es corresponsal de algunos periódicos italianos, y sobre todo muy amante de nuestro país y de los inmejorables productos de nuestro suelo, puede decirse que son sus amigos cuantos le conocen, pues es difícil sustraerse á la sugestión de su expansivo carácter ó de su cumplida caballerosidad.

Mezzalama no ha venido á explotar á los españoles, sino á compartir con ellos las efusiones de su alma altruista y generosa y á batallar á su lado por el engrandecimiento de la nación que le cobija.

Por esto el diploma con que le ha premiado el Ayuntamiento, tanto como un acto de justicia, es el cumplimiento de un deber moral que la ciudad había contraído con el emprendedor extranjero. Y por esto escribimos con íntimo placer estas líneas, que deseamos sean el testimonio de nuestra ferviente admiración y amistad.

FRANCISCO CASANOVAS

MI CICERONE

HACE ya muchos años que invitado por mi amigo R., director entonces del Penal de Granada, visité por primera vez la hermosa ciudad andaluza. Hospedado en las excelentes habitaciones que R... habitaba dentro del establecimiento, pasé una gran temporada, durante la cual conseguí reponerme de la aguda enfermedad que acababa de sufrir. Mi amigo no podía acompañarme á parte alguna; se lo impedía el servicio permanente á que le tenía sometido su delicado cargo; por esto el mismo día de mi llegada, y cuando después de cenar me disponía á vestirme para salir, me dijo, pulsando un timbre que tenía á la derecha de su asiento:

—Puesto que no sabrás andar por ahí solo y yo

no puedo dedicarte nada de tiempo, te he buscado un *cicerone*, del que puedes disponer á tu antojo.

—¿Algún amigo tuyo?—pregunté.

—No, un preso, un confinado á quince años de reclusión.

—¡Díabolo! ¿te has vuelto loco?—exclamé sorprendido.—¡Bonito papel haría yo por ahí al lado de un criminal! Me gusta la seguridad personal que me proporcionas.

—Tú calla y déjame hacer. Jacinto Cobos, que así se llama tu *cicerone*.—siguió diciendo R...—es un hombre de toda mi confianza, que entra y sale cuando lo tiene á bien, y en diez años que hace que lo tengo bajo mi custodia jamás ha dado lugar al más leve reproche. Es hombre de brillante y dolorosa historia, que te referiré, porque siente hacia ti grandes simpatías: ha leído tus libros y conoce todas tus cartas; él me lleva el despacho y me sirve, en fin, en mis más delicados asuntos. Acéptalo con entera confianza, que te agradará...

Y esto diciendo, se nos presentó un hombre como de treinta y cinco años, alto, recio, moreno, de facciones energicas, ojos grises y barba negra, poblada y espesa. Vestía con cierta esmerada pulcritud, y sus ademanes denotaban la exquisita cortesía del hombre bien educado.

Mi amigo se dirigió á él y le dijo, señalándole:

—Cobos: Póngase usted á las órdenes de este caballero; el señor, es don Federico Pall...; acompáñele á todas partes y procure que conozca bien todo Granada.

**

Un cuarto de hora después, mi *cicerone* sentábase conmigo en una mesa del café de la Bomba, en cuya acera, protegida de los claros focos de luz y bajo la sombra que proyectaban las cortinas de un toldo á medio correr, disfrutábamos, sin apenas ser vistos, de la deliciosa temperatura que respiran las noches estivales granadinas.

Intrigado yo por conocer la historia de aquel hombre á quien mi amigo sacaba de su celda y despojaba de sus grilletes de presidiario, sentía cierta mezcla de horrorosa compasión hacia él, que permanecía callado y sufriendo, sin duda, las vergonzosas interrogaciones de mi expectante mirada.

Cuando lo juzgué oportuno comencé mis curiosas exhortaciones:

—¿Es usted de esta región?—le dije.

—No, señor; soy castellano, de Valladolid.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el Penal?

—Diez años, — me contestó, con un dejo de conmovedora amargura.

—Vamos á ver, — me atreví á preguntarle: —¿qué hizo usted para que la justicia le castigase tan duramente?

—¡Oh, mire usted! un crimen, al que me arrastró la desgracia. Maté á un superior mío, porque se me imputaba un robo de valores.

—De modo, que era usted funcionario público.

—Sí, señor; oficial de Correos, jefe de una ambulancia.

—¿Quiere usted referirme ese capítulo de su vida? La tragedia del hombre honrado es siempre digna de conocerse, por las grandes enseñanzas que da para los que la escuchan.

—Pues, verá usted,—siguió mi interlocutor, cerniéndose en su asiento y chupateando nerviosamente un cigarro.—Viajaba yo de Valladolid á Zamora, línea que conocía al dedillo, y en la que disfrutaba de una conducta envidiable. Un día salí de Zamora con mi expedición, llevando entre los pliegos certificados uno de 5,000 pesetas. Nunca había conducido cantidad semejante, y sentía naturalmente cierto malestar. En el camino llené mis hojas y libros respectivos... y no sé más: sólo recuerdo que me sentí atacado de un profundo sueño y que, cuando desperté de mi letargo, casi en las agujas ya de la estación de Valladolid, mi carpeta de valores había desaparecido.

» Al bajar la portezuela del coche creí que todo el mundo amenazaba desplomarse sobre mi cabeza. Inmediatamente regresé á la Administración y, llorando como un niño, referí á todo el mundo mi tremenda desgracia. Nadie me atendió.

» El jefe, después de practicar las primeras indagatorias que previene el reglamento, se negó á recibirme particularmente. Aquella misma noche ingresé en la cárcel. Yo tenía entonces veinticinco años y fama de hombre alegre, decidor y bullanguero; es decir, de derrochador y mala cabeza.

» Tres meses después, el Tribunal de la ley me condenaba, por mi robo, á inhabilitación perpetua y seis años de arresto mayor. No tuve ni un atenuante en favor mío; todo el mundo declaró en contra. Mi jefe trazó un retrato de mis condiciones de carácter ante los jueces, y la sustracción quedó probada; era yo un ladrón indiscutible. Entonces, despojado ya de mi honra y porvenir, viéndome formado en las filas del

primer curso de presidio, una noche concebí la idea de matar á mis verdugos.

» Mis verdugos se sintetizaban en una sola persona, en mi jefe, y así lo hice: él, me había robado el honor, yo le robé la vida; que tanto vale una cosa como otra.

—¡Oh! entonces, — le interrumpí, — la expiación fué mucho más dura.

—Entonces, — siguió diciendo, — sumé nueve años más á la nueva carrera que me designaba el destino.

—¿Y al fin ha conseguido usted probar su inculpabilidad?—le interrogué.

—¡Cómo, señor...! ¿No fué bastante prueba mi asesinato? ¿Acaso podría hacerme matar, nada que no fuese la voz de mi inocencia?



FACSIMIL DEL DIPLOMA ENTREGADO AL SEÑOR MEZZALAMA.

Fotog. de A. Esplugas.

Perplejo yo ante lo incontrovertible de su argumento, no supe qué contestar. Callado le miré atentamente con religioso silencio, y en un instante, la faz dura y enérgica de mi interlocutor se transformó á mis ojos en el emblema del sufrimiento, en ese escudo sublime de dolorosa portada que sobre la frente de los bajos han esculpido los salvajes de las leyes injustas dictadas por los altos.

† E. ALBERTO CARRASCO